

Ambrose Bierce

Diccionario del Diablo

Edición a cargo de Aitor Ibarrola-Armendariz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Devil's Dictionary*
Traducción de Aitor Ibarrola-Armendariz

Primera edición: 2011
Cuarta reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y los textos: Aitor Ibarrola-Armendariz
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5490-4
Depósito legal: M. 35.879-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Semblanza de Ambrose Bierce
- 15 Diccionario del Diablo
- 353 Unas palabras acerca del *Diccionario del Diablo*

Ambrose G. Bierce (1842-1914?): Semblanza de un misántropo

Hombre. Especie animal tan sumida en la ensimismada contemplación de lo que piensa que es, que a menudo se olvida de plantearse lo que evidentemente debiera ser. Su principal ocupación es el exterminio de otros animales y de su propia especie, la cual, a pesar de todo, se sigue reproduciendo con tal rapidez como para poblar y destruir todas las zonas habitables del planeta y Canadá.

Ambrose Bierce, *Diccionario del Diablo*

Ambrose Gwinett Bierce nació el 24 de junio de 1842 en el asentamiento puritano de Horse Cave Creek, en el condado de Meigs, Ohio. Fue el décimo de los trece hijos de Marcus Bierce y Laura Sherwood, quienes habían crecido en Connecticut a la sombra del «renacimiento» del congregacionalismo religioso liderado por el reverendo Jonathan Edwards. Ambrose debió de crecer bajo la constante amenaza del «jarabe de palo» que sus padres repartían asiduamente entre sus retoños y el miedo al fuego eterno que su doctrina calvinista prometía a todos los que se alejaban ligeramente del redil. No es de extrañar, pues, que Ambrose mostrase desde temprana

edad un carácter díscolo y rebelde que le llevó a recibir a menudo el «premio» de unos castigos corporales y psicológicos que no consiguieron sino aumentar su distanciamiento afectivo tanto de sus progenitores como de la comunidad en la que vivía. Todas sus referencias posteriores a este periodo están cargadas de enorme desprecio hacia un ambiente caracterizado por su extremada estrechez de miras y provincianismo. Tanto en Ohio como en Warsaw, Indiana, donde la familia se mudó cuando Ambrose era todavía un crío, los únicos refugios que el joven encontró a este entorno tan poco motivador fueron sus paseos por los hermosos paisajes de esta región y sus asiduas incursiones en la biblioteca de su padre —una de las pocas y mejor nutridas de los alrededores—. Si como bien afirman los psicólogos, nuestra personalidad se ve profundamente marcada por nuestras experiencias de la infancia y adolescencia, era previsible que Bierce desarrollase una actitud tan antagónica e iconoclasta hacia las realidades que más tarde le tocó vivir.

Lo tedioso de su juventud en el ambiente mojigato y culturalmente estéril del Midwest explicaría que Ambrose viese su alistamiento en la Compañía C del Noveno Destacamento de Infantería de Indiana como una especie de liberación. Ya antes de alistarse en el ejército Federal en abril de 1861, Bierce había soñado con participar en alguna contienda que le permitiese ganarse el honor y la gloria que su tío, el general Lucius V. Bierce, había descrito con entusiasmo en sus discursos abolicionistas. Pero la realidad que el joven recluta se encontró en los campos de batalla de Virginia pocas semanas más tarde de su incorporación a filas nada tenía que ver con

la que su ilustre pariente había pintado. El fogoso muchacho que se unió al ejército de la Unión pronto vio sus anhelos de acción y aventura alterados por los lugares comunes de cualquier conflicto fratricida: oficiales inep-tos, muertes inexplicables, irónicos reveses de fortuna, escaramuzas inesperadas, etc. La Guerra Civil se convirtió para el joven Bierce en la educación más demoledora –pero también iluminadora– que jamás pudiera haber recibido. Si bien se adaptó perfectamente a la disciplina y los rigores de la vida militar dando muestras de gran valor y una voluntad de acero en varias batallas, no es menos cierto que las auténticas carnicerías que presenció supusieron un duro revés para las esperanzas con las que había iniciado el conflicto. Pocos autores han sabido recoger en sus páginas los horrores y la sinrazón de la guerra con la destreza y la minuciosidad con que Bierce los reproduce en sus relatos bélicos. En el fondo de los mismos subyace la idea de que nada hay de heroico en una empresa que elige a sus víctimas de manera caprichosa y tiende a poner sobre un pedestal a los personajes menos indicados. Si el Ambrose Bierce que entró en la Guerra Civil a los diecinueve años era ya una persona algo taciturna y poco sociable, el que la abandonó desencantado cuatro años más tarde se había tornado en un individuo cáustico y profundamente pesimista, que había perdido su fe en el género humano en batallas como Chattanooga, Chickamauga y Shiloh.

El azar quiso que este individuo asocial y lleno de resentimientos acabase en 1867, dos años después del final de la contienda, en la ciudad de San Francisco, que por aquella época se estaba convirtiendo en una floreciente

urbe de la costa oeste con una creciente necesidad de periodistas que alimentasen a un público lector ávido de crítica política y social. A Bierce aquel ambiente le vino como anillo al dedo, pues si algo le sobraba por entonces eran las ganas de desatar todo el cruel sarcasmo y la ira de su estado de ánimo contra los engaños y corruptelas que se daban en la joven ciudad. Tras un breve periodo de formación bajo la tutela del periodista inglés James W. Watkins, que le hizo leer a conciencia algunos de los clásicos de la sátira como Swift, Thackeray o Voltaire, Bierce se convirtió en diciembre de 1868 en el redactor del «Town Crier» («Pregonero»), una jocosa columna que lanzaba brutales ataques contra políticos, sacerdotes, poetas y otros periodistas, rayando ocasionalmente en lo blasfemo y desproporcionado. Pronto los estruendos fuegos de artificio que el autor disparaba desde sus columnas incendiaron la ciudad y le ganaron adeptos que, en su simpleza de gustos, admiraban la total falta de inhibición de alguien que no parecía amedrentarse ante ninguno de los poderes fácticos. La carrera periodística del «hombre más malvado de San Francisco» o *Bitter Bierce* —«el amargado Bierce»—, como se le conocía en toda la costa oeste, se extendió a lo largo de más de treinta años en los que pulió su estilo y destapó buena parte de los fraudes e hipocresía que dominaron la «Edad del Oropel» («Gilded Age») de la cultura norteamericana. A mediados de la década de 1880 ya se había hecho evidente que, a pesar de que sus artículos en el *Argonaut* y el *Wasp* lo habían convertido en la pluma más temida del país, las ambiciones del «lexicógrafo del diablo» no quedaban restringidas al periodismo, sino que albergaba

otras de carácter literario. Aunque Bierce nunca abandonó del todo su trabajo como redactor, lo cierto es que las dos últimas décadas de su vida fueron testigo de un claro desplazamiento de sus intereses hacia unos escritos mucho más refinados e imaginativos.

Aunque la fama de Bierce era incuestionable en el ámbito periodístico –sobre todo tras unir su destino al del empresario W. Randolph Hearst–, no lo es menos que su narrativa tuvo serios problemas para encontrar a un público apropiado. Por una parte, hubo de competir con una generación de jóvenes autores (Jack London, Stephen Crane o Frank Norris, entre otros), cuyas obras eran bastante menos exigentes que las suyas en sus tramas y estilos. Por otra, el pesimismo y el macabro sarcasmo con el que Bierce aderezaba sus relatos no estaba hecho para cualquier tipo de paladar. Es evidente que al autor no le resultaba sencillo separar del todo su faceta de periodista del oeste, especializado en «el arte de la ofensa», como a él le gustaba presumir, de la del hombre de letras del que cabía esperar una visión más ecuánime y una aproximación menos visceral a los temas que abordaba en su ficción. A los lectores les costaba digerir el determinismo que domina la totalidad de su obra y que condena casi siempre a sus personajes –independientemente de sus virtudes– a un trágico final. Ahora bien, la segunda mitad de su vida no hizo sino confirmar su creencia de que, como escribió en el *Diccionario del Diablo*, el nacimiento de un ser humano es «el primero y más espantoso de todos los desastres». Los recurrentes ataques de asma, las constantes disputas con sus jefes, el divorcio de su mujer y la pérdida de sus dos hijos en si-

niestras circunstancias sólo sirvieron para seguir agrian-
do un espíritu que, desde la más tierna infancia, se había
visto expuesto a los rasgos más ruines de la naturaleza
humana. El hecho de que Bierce decidiese poner fin a su
existencia a los setenta y un años, desapareciendo sin
apenas dejar rastro en la revolución mexicana, es simple-
mente el perfecto colofón a una vida que le había empu-
jado invariablemente hacia la misantropía más extrema.

Aitor Ibarrola-Armendariz

Diccionario del Diablo

Prefacio

El *Diccionario del Diablo* comenzó a aparecer en un periódico semanal en 1881, y continuó haciéndolo de forma un tanto intermitente y esporádica hasta 1906. Ese año, una parte de él apareció en forma de libro bajo el título de *El Vocabulario del Cínico*, un título que el autor no tuvo la posibilidad de rechazar ni el placer de aprobar. En palabras de los editores de ese trabajo:

[El autor] se vio obligado a aceptar previamente este título más respetuoso debido a los escrúpulos religiosos de los dueños del último periódico en cuyas páginas aparecieron algunas de las definiciones, con el resultado lógico de que cuando por fin salió en forma de libro, el país ya se había visto inundado por los escritos de sus imitadores con una veintena de «libros cínicos»: *El Cínico esto*, *El Cínico lo otro* y *El Cínico lo de más allá*. La mayoría de estos libros eran sencillamente estúpidos, aunque algunos de ellos mostraban la

distinción añadida de la ineptitud. Gracias al esfuerzo de todos ellos, la palabra «cínico» ha caído en tal desprestigio que cualquier libro que la contuviese en su título tenía pocas posibilidades de ver la luz.

Mientras tanto, algunos de los humoristas mas emprendedores de la nación se habían apropiado de las partes del diccionario que les eran útiles para su obra, y muchas de sus definiciones, anécdotas, expresiones y demás, han pasado a formar parte del legado cultural más popular. Esta aclaración la hago, no por el orgullo de haber sido el primero en producir estas trivialidades, sino más bien para evitar las posibles acusaciones de plagio, que no son nada triviales. A la hora de recuperar la posición que le corresponde, el autor espera ser considerado inocente por todos aquellos a los que el diccionario está dirigido: espíritus iluminados que prefieren el vino seco al dulce, la razón al sentimiento, el ingenio al humor y un lenguaje pulido a la jerga popular.

Un rasgo muy destacado, y espero que no del todo desagradable, del libro es la abundancia de citas aclaratorias procedentes de poetas eminentes, el principal de los cuales es el sabio e ingenioso clérigo, el padre Gassalasca Jape, S. J., cuyas palabras aparecen con sus iniciales debajo. El autor de este trabajo tiene una gran deuda con el padre Jape por todo su amable apoyo y su inestimable ayuda.

Ambrose Bierce

A

Abdicación

Acto por el que un soberano pone de manifiesto su sensación de que la temperatura del trono se está disparando y haciéndose insoportable.

Ha muerto la pobre Isabel, cuya abdicación
Hizo que todas las lenguas se mostrasen burlonas en
[España.
Pero resultaría injusto reprocharle tal acción,
Pues ella sólo abandonó un trono demasiado caliente para
[su trasero.
Dejará así de ser uno de los enigmas reales de la
[historia...
Simplemente fue una de esas castañas sin abrir que
[saltaron de la parrilla.

G. J.

Abdomen

Templo del dios Estómago, a cuya adoración, con derecho de sacrificio, todos los hombres de bien se dedican. Para las mujeres este credo ancestral sólo merece una dudosa aprobación. Ellas se acercan a veces hasta el altar de forma poco entusiasta e ineficiente, pues no profesan la verdadera reverencia que los hombres muestran a esta divinidad. Si las mujeres tuviesen de verdad algún poder de decisión en el mercado internacional, la estirpe humana se volvería granívora.

Aberración

Cualquier desviación observable en otra persona respecto al modo de pensar de uno mismo. Por sí sola no constituye un síntoma de locura.

Abogado

Alguien especializado en zafarse de la ley.

Aborígenes

Personas de poca valía cuya presencia resulta una carga para la tierra de continentes recientemente descubiertos. Aunque también es verdad que pronto dejan de ser una carga para pasar a abonarla.

Abracadabra

Utilizamos *Abracadabra* para referirnos

A un montón de cosas.

Es la respuesta que damos a ¿Qué? y ¿Cómo? y ¿Por qué?

Y ¿De dónde? y ¿A dónde?... una palabra, en fin,

Por la que la Verdad (y la tranquilidad que ésta procura)
Se hace asequible a todos aquellos que la buscan en la
[oscuridad,
Y dan voces por alcanzar la sagrada luz de la Sabiduría.

Sobre si se trata de un verbo o un nombre,
Es algo que nunca he conseguido saber.
Sólo soy consciente de que ha sido heredado
De sabio en sabio,
De generación en generación...
¡Como un elemento inmortal de la lengua!

Se dice de un hombre en la antigüedad
Que llegó a vivir hasta diez siglos enteros,
En una cueva en la ladera de un monte.
(Si bien es cierto que, al final, también murió)
La fama de su sabiduría se extendió por la región,
Pues era totalmente calvo y, por supuesto,
Su barba era extremadamente larga y blanca
Y sus ojos increíblemente brillantes.

Los filósofos se acercaron de aquí y allá
Para sentarse a sus pies y escucharle todo el tiempo,
Aunque nunca se le oyó
Pronunciar palabra
Que no fuera «¡Abracadabra, abracadab,
Abracada, abracad,
Abraca, abrac, abra, ab!»
Esto era todo lo que decía,
Y todo lo que querían oír, y todos
Tomaban buena nota del místico discurso,

Abreviar

Que luego publicaron...
Quedándose en un pequeño manantial de texto
En un amplio prado de comentarios al mismo.
Se trataba de libros ciertamente potentes,
Que en número eran como las hojas de los árboles,
Y en sabiduría, ¡increíblemente... ricos!

Ahora ya ha muerto,
Como ya he dicho,
Y también han perecido los libros de los sabios,
Pero su sabiduría es todavía venerada.
Y sigue sonando solemnemente en *Abracadabra*,
Como una vieja campana que sigue doblando.
¡Oh, me encanta ver
Cómo esta palabra pone en evidencia
El Sentido General de todos los temas humanos.

Abreviar Acortar.

Cuando en el discurrir de los eventos se hace necesario que los humanos «abrevien» la vida de su rey, un cierto respeto por la opinión de los demás hace necesario que éstos declaren las causas que les impulsan a acabar con él

Oliver Cromwell

Abrupto

Repentino, sin ningún tipo de aviso previo; como cuando cae un proyectil de artillería y desaparece un soldado cuyos intereses se ven directamente afectados

por él. El Dr. Samuel Johnson manifestó, no sin cierta poesía, sobre las ideas de otro autor que estaban «concatenadas sin abrupturas».

Absentista

Persona con cierto patrimonio que ha sido lo suficientemente cauta como para desaparecer de la esfera de posibles demandas o exigencias.

Absoluto

Independiente, irresponsable. Una monarquía absoluta es aquella en la que el soberano hace lo que le place en tanto en cuanto es capaz de complacer a los criminales que le rodean. Actualmente no quedan muchas monarquías absolutas, ya que la mayoría han sido sustituidas por restringidas, en las cuales el poder del soberano para hacer el mal (y el bien) se ha visto notablemente reducido, o bien por repúblicas gobernadas por el azar.

Absolver

Dictar sentencia en un caso de asesinato en San Francisco.

Abstemio

Persona débil que sucumbe a la tentación de negarse un placer a sí mismo. Un abstemio total es alguien que se abstiene de todo menos de la abstención y, especialmente, de no participar en los asuntos de los demás.

Abstemio total

Un hombre le dijo a un joven ebrio: «Pensaba
Que eras un abstemio total, amigo mío».
«Y lo soy, y lo soy», dijo el joven sintiéndose atrapado...
«Pero no soy un fanático o un purista, señor».

G. J.

Abstemio total

Alguien que se abstiene de tomar bebidas alcohólicas, a veces del todo, y otras veces casi por completo.

Absurdo

Afirmación o creencia que choca frontalmente con la opinión de uno mismo.

Abuso verbal

Sátira, como la entienden los idiotas y todos aquellos que sufren de una deficiencia similar en su inteligencia.

Academia (Ver La Academia)

Escuela moderna donde se enseña a jugar al fútbol.

Academia, La

Escuela en el mundo antiguo en la que se enseñaba ética y filosofía.

Accidente

Suceso inevitable que tiene lugar como consecuencia de leyes naturales inmutables.

Acéfalo

Sorprendente condición en la que quedó un soldado de las Cruzadas al peinar su cabello varias horas después de que la espada del Sarraceno le hubiese cortado el cuello, sin que él se percatara del hecho, según cuenta el historiador de Joinville¹.

Acordeón

Instrumento en perfecta armonía con los sentimientos de un asesino.

Acreeador

Alguien perteneciente a una tribu salvaje que habita más allá de los Estrechos Financieros² y que son temidos por sus devastadoras invasiones.

Acuerdo

Una manera de equilibrar intereses encontrados que da a cada contrincante la satisfacción de pensar que ha conseguido lo que no le correspondía tener, y que no ha perdido nada excepto lo que en justicia debía ser suyo.

Acusar

Expresar la culpabilidad o falta de palabra de los demás; casi siempre como excusa por haber hecho algo contra ellos.

1. Jean de Joinville (1224-1317) fue un historiador francés que escribió la biografía de San Luis, a quien acompañó en las Cruzadas.

2. Bierce utiliza «straits» (estrechos) en esta definición como si de un accidente geográfico se tratase, cuando en realidad en la expresión «financial straits» quiere decir en una situación financiera complicada.